

El Madrid de la Segunda República

FELICIANO PÁEZ CAMINO

Subvencionado por:



Madrid, 2006

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca

Sede Social: c/ Abada, 2-4º1

28013 Madrid

Depósito Legal: M-xxxxxx-2006

Maquetación: A.D.I. C/ Martín de los Heros, 66. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

EL MADRID DE LA SEGUNDA REPÚBLICA

(CONFERENCIA PRONUNCIADA POR EL AUTOR
EN LA UNIVERSIDAD DE MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA,
EL 20 DE FEBRERO DE 2006)

Varias imágenes indelebles ha dejado para la historia general el Madrid de los años treinta del siglo XX. Una de ellas es, desde luego, la del 14 de abril de 1931, con aquel “pueblo derramado” –así lo rememora en un verso Blas de Otero– que celebra gozosamente la proclamación pacífica y democrática de la Segunda República. Luego vendrán imágenes más dramáticas: las del aplastamiento de la sublevación en julio de 1936 y, tras ellas, las de una ciudad cuya defensa se convierte, desde comienzos de noviembre de ese mismo año, en símbolo universal de la resistencia al fascismo. El Madrid al que nos vamos a asomar es precisamente el de los cinco años largos, problemáticos y fecundos, que transcurren entre el advenimiento de la República y el inicio de la guerra civil. Serán unas observaciones basadas en el estudio histórico (y no, evidentemente, en un testimonio personal alimentado por el recuerdo), y se centrarán sobre todo en los aspectos culturales y, en particular, en los proyectos y realizaciones urbanísticos del intenso Madrid republicano.

Conviene, de todos modos, recordar la complejidad de la experiencia histórica de la Segunda República, donde, como es sabido, a un primer bienio ampliamente reformador sucedió, desde la victoria de las derechas en las elecciones de noviembre de 1933, uno “de rectificación” que terminó siendo más bien de reacción y que concluyó, en febrero de 1936, con el triunfo electoral de las izquierdas reagrupadas en el Frente Popular. Contra el Gobierno nacido de estas últimas elecciones se produjo, cinco meses después de celebradas, el golpe militar cuyo relativo fracaso desencadenó la horrenda guerra civil que pondría fin a la breve experiencia democrática y abriría paso a una pertinaz dictadura. Madrid fue, naturalmente, protagonista de muchos de los acontecimientos del quinquenio republicano, aunque algunos muy relevantes,

como la *sanjurjada* de agosto de 1932 o el movimiento insurreccional de octubre de 1934, no tuvieron a la capital de España como escenario principal. Sí fue ésta el marco no sólo del debate y la acción de los poderes del Estado sino de episodios significativos como el gigantesco mitin de Manuel Azaña en el campo de Comillas el 20 octubre de 1935 o el asesinato de Calvo Sotelo que sirvió de pretexto desencadenante de la sublevación del 18 de julio.

En cuanto al comportamiento electoral, la circunscripción de Madrid-capital siguió la trayectoria general del resto de España, si bien, al igual que otras muchas ciudades españolas, con una orientación más a la izquierda que la media nacional. Por ejemplo, en las elecciones de 1933 la candidatura que recibió más votos en la capital de España no fue la de la C.E.D.A. sino la del Partido Socialista; y, en las de 1936, el triunfo del Frente Popular fue bastante neto ya que sus candidatos más votados (las listas eran entonces abiertas) obtuvieron el 54 por ciento de los sufragios, frente al 45 por ciento de los de la coalición derechista, en tanto que la luego todopoderosa Falange alcanzó un exiguo uno por ciento. Aunque los diez distritos en que se dividía entonces la ciudad distaban de ser, por su diseño y por la propia mezcla de la población, socialmente homogéneos, sí se puede apreciar, a través de ellos, algunos elementos de compartimentación social del espacio urbano con su reflejo en las urnas. Así, en los distritos de Centro, Palacio, Hospicio y Buenavista predominaba el voto derechista, en el de Congreso la situación solía estar igualada, y la izquierda ganaba en los dos distritos norteños de Universidad y Chamberí y, sobre todo, en los tres meridionales de Latina, Inclusa y Hospital.

El esbozo de una gran capital

Fue precisamente durante la Segunda República, en 1934, cuando el municipio de Madrid alcanzó oficialmente la cifra de un millón de habitantes. Teniendo en cuenta que en 1900 rebasaba ligeramente el medio millón, estamos ante una ciudad que ha duplicado su población en un tercio de siglo, lo que significa una fuerte aceleración de su crecimiento demográfico y espacial. Ese proceso se ha producido no sólo en el propio municipio madrileño sino también, y con mayor intensidad relativa, en municipios de su periferia que, más tarde (a finales de los años cuarenta y primeros cincuenta), serían incorporados administrativamente al de Madrid. Es el caso, por ejemplo, de Chamartín de la Rosa que, entre 1900 y 1930, pasó de 4.500 a 39.000 habitantes, o de Vallecas que, en ese mismo periodo, vio acrecentada su población de 10.000 a 51.000.

Ese crecimiento de la aglomeración madrileña no se produjo porque la natalidad fuera sustancialmente mayor que la mortalidad (ambas eran, por cierto, bastante

altas), sino por una fuerte y sostenida inmigración procedente de otros lugares de España, sobre todo de las provincias limítrofes o próximas a la de Madrid. Es significativo que en 1930 sólo el 37 por ciento de los residentes en la capital habían nacido en ella (y casi un 6 por ciento más, en otros municipios de la provincia). En consonancia con este hecho, en Madrid predominaba la gente joven: los tramos de edad entre 15 y 34 años acogían, en ambos sexos, a casi el 40 por ciento de la población. Esa ciudadanía joven y, a menudo, de no muy largo arraigo en la ciudad contribuye a configurar el tono vital de ésta y, quizá, a explicar la aspereza de algunos de los conflictos sociales que en ella se producen.

La economía madrileña estaba ya no poco terciarizada. Madrid era una ciudad con muchos oficinistas, empleados del sector servicios y obreros de la construcción. Su estructura productiva resultaba, tanto en el sector secundario como en el terciario, bastante atomizada, con predominio de las empresas pequeñas o medianas. La entidad con más trabajadores era, significativamente, la Sociedad Madrileña de Tranvías (tenía 3.435 empleados en 1932), seguida por dos empresas de la construcción: *Fomento de Obras y Construcciones* y *Agromán*, que rebasaban, respectivamente, en esa fecha, los dos mil y los mil quinientos trabajadores. Símbolo de modernidad, Madrid contaba, desde los años veinte, con unos Grandes Almacenes, establecidos en el segundo tramo de la Gran Vía (hoy número 32), con el nombre de *Madrid-París*, y que, con sus más de cuatrocientos empleados, pasarían en 1934 a denominarse *Sepu* (acrónimo de *Sociedad Española de Precios Únicos*). Las plantas altas de ese edificio albergaron a otro factor de progreso: *Unión Radio* (hoy siguen estando allí los estudios de la Cadena SER); y en sus soportales se instaló la sala de cinematógrafo que siguió llamándose *Madrid-París* hasta que, bajo poder franquista, perdiera ese inoportuno nombre para pasar a ser el cine *Imperial*.

Aunque la red de metro, inaugurada en 1919, iba extendiéndose, en 1930 los viajes en tranvía duplicaban todavía en número a los realizados en metro. Iban aumentando, entretanto, los autobuses, y en 1933 empezaron a funcionar los de dos pisos, gustosamente usados, y evocados, por Neruda y sus compañeros españoles. También se expandió durante la República el excursionismo, tanto en su vertiente más doméstica (la Casa de Campo, antigua posesión real, fue prontamente abierta al público el 1 de mayo de 1931) como en la tradición institucionista de visitar la Sierra de Guadarrama. En ésta se construyó la carretera de Miraflores a Rascafría a través del puerto de la Morcuera, inaugurada en octubre de 1932, junto con la fuente dedicada a Bartolomé Cossío.

Madrid era, en suma, una ciudad a la vez tradicional e innovadora, con fuertes carencias de planificación y servicios, pero vivaz y en pleno proceso de mutación. “Un poblachón mal construido en el que se esboza una gran capital”: en esos términos se

refirió a ella Manuel Azaña en *Plumas y palabras*, publicada en 1930. Y la frase revela la percepción de las insuficiencias, pero también de las posibilidades de futuro de la capital, por parte de uno de los hombres que más iban a influir en su desenvolvimiento durante los años de la República.

Un hervidero cultural

En todo caso, no conviene olvidar que en esta ciudad tenía su centro una rica y diversa actividad con la que culminó la llamada “edad de plata” de la cultura española. Se conoce con esta expresión a un periodo de nuestra historia que se extiende desde la revolución de 1868 hasta la guerra civil y que se caracteriza por una creatividad cultural que, además de plasmarse –como en el “siglo de oro”– en la literatura y en las artes plásticas, se extiende a otros terrenos menos tradicionalmente cultivados en España, como el de la ciencias sociales o naturales, o el de la música. La República, a cuyo advenimiento contribuyó activamente buen número de intelectuales, significó el ápice de esa época de esplendor cultural –brutalmente interrumpida al término de la guerra civil– y la cristalización institucional de muchas de sus tendencias.

En la vida cultural republicana confluyeron, en efecto, varias generaciones activas. Seguía en pie la del 98, en la que, si figuras como Unamuno o Baroja ya habían realizado sus obras más significativas, a Antonio Machado todavía le quedaba por crear una parte sustancial de su reflexión en prosa a través de su heterónimo *Juan de Mairena*, mientras que, en la periferia estilística de ese grupo generacional, ejercían su influencia Valle-Inclán y Juan Ramón Jiménez. Estaba en su madurez la generación del 14, cuyo jefe de filas, José Ortega y Gasset, había publicado *La rebelión de las masas* en 1930 y, dos meses antes del 14 de abril, había constituido (con Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala y el propio Machado) la *Agrupación al Servicio de la República*. Y empezaba a dar sus mejores frutos la generación del 27, formada por hombres –y algunas mujeres– que habían nacido más o menos con el siglo, que eran más naturalmente cosmopolitas que sus predecesores y a quienes, según algunos historiadores, sería más apropiado etiquetar como *generación del 31*. A todos ellos cabe sumar los inicios de la llamada *generación del 36*, que tiene en la deslumbrante poesía de Miguel Hernández su referencia más destacada y cruelmente truncada.

Aunque sólo algunos de ellos (Ortega, Marañón, el poeta Pedro Salinas, el músico Salvador Bacarisse...) eran madrileños de nacimiento, muchos más hallaron en Madrid el espacio para su labor creativa. En un Instituto de la capital encontró destino como catedrático de Francés, a poco de proclamarse la República, Antonio Machado. De su piso alto de la calle de Alcalá, en el que llevaba ya tiempo asentado, salió Federico García Lorca rumbo a Granada la noche del 13 de julio de 1936. En

otro ático, en la calle del marqués de Urquijo, vivieron Rafael Alberti y María Teresa León, y desde él contemplaban la arboleda –luego “perdida”– del parque del Oeste. A Madrid vino Miguel Hernández, en 1934, en busca de editores y amigos. Muchos de los del 27, andaluces y viajeros, vivieron a caballo entre su tierra natal y Madrid, sin desaprovechar la ocasión de moverse por Europa y el continente americano. Luis Buñuel venía con frecuencia desde París y hasta Unamuno salía de vez en cuando de su baluarte salmantino para darse una vuelta por la antigua corte.

Mucho debía este hervidero cultural madrileño a la acción de la Institución Libre de Enseñanza y a los organismos oficiales por ella promovidos como la Junta para Ampliación de Estudios o la Residencia de Estudiantes. La Institución y sus alledaños fueron, como es sabido, sustrato y punto de referencia de la amplia y decidida acción educativa de la República. Aunque ésta se centró sobre todo, como era lógico, en la generalización de la enseñanza primaria, también la enseñanza media y la universitaria recibieron un impulso. La Facultad de Filosofía y Letras de la entonces llamada Universidad Central de Madrid, en la que profesaban, entre otros, Ortega y Gasset, Menéndez Pidal, Sánchez-Albornoz o Américo Castro, era, en los primeros años treinta y antes de convertirse en escenario de los cruentos combates de la defensa de Madrid, una de las más prestigiosas del mundo. En Madrid aparecieron también nuevas actividades culturales como la Feria del Libro, celebrada por primera vez, en el paseo de Recoletos, en abril de 1933. Y, aunque proyectaron su labor hacia otros rincones de España, desde la capital de ésta se organizaron actividades como las de La Barraca, las Misiones Pedagógicas, o la Universidad Internacional establecida en la que había sido residencia real de La Magdalena en Santander.

En los años de la República adquirió asimismo una consolidación institucional y una más amplia difusión social el desarrollo científico que ya venía produciéndose en España desde finales del siglo anterior, y del que es la encarnación más conocida Santiago Ramón y Cajal, cuya fecunda vida concluyó en Madrid, en 1934. Al avance científico español –vertiente importante de la *edad de plata*– están unidos nombres de figuras de la Física como Blas Cabrera y Miguel Ángel Catalán, de la Química como Enrique Moles, de las Matemáticas como Julio Rey Pastor, o de las Ciencias biomédicas como Pío del Río-Hortega y Juan Negrín. En 1933, el ministro de Instrucción Pública, Fernando de los Ríos, ofreció una cátedra extraordinaria en la Universidad de Madrid a Albert Einstein –cuya situación personal en una Alemania en trance de nazificación se había tornado harto difícil– y, aunque el sabio optó finalmente por Princeton, en los Estados Unidos, el hecho de que durante un tiempo considerara la oferta madrileña no deja de ser significativo, como también lo es el que dicho ofrecimiento fuera agriamente criticado por la prensa española de derechas y atribuido a las afinidades ideológicas y *raciales* entre Einstein y el ministro socialista español.

Otro aspecto destacable del esplendor cultural de este periodo es su intensa relación con el mundo hispanoamericano. Si París era, desde el siglo XIX, el centro de atracción para los artistas y escritores de la América hispana, en los años treinta Madrid pareció empezar a disputarle, y con fuertes motivos, esa condición. Nombres como los de Alejo Carpentier, César Vallejo o Pablo Neruda hablan de la significación de aquellos aún jóvenes visitantes en los que el Madrid de la República dejó honda huella. Cuarenta años después, el cubano Alejo Carpentier evocaría así el Madrid de 1933 y su profusión de tertulias:

Era un Madrid del que tengo un recuerdo maravilloso por la calidad y la actividad intelectual, poética, artística, literaria de la gente que conocí. Fue una época que siempre se recuerda con infinita nostalgia porque creo que pocas veces se ha visto en la historia de una literatura una tal convivencia en simultaneidad de hombres de un inmenso talento. (...) Había un itinerario que recorría todas las tardes y era para mí muy grato. Salía de la calle Alcalde Sainz de Baranda, donde vivía en casa de unos amigos, seguía a lo largo del Retiro, bajaba hacia Cibeles, y entraba, primera escala, en la Cervecería de Correos donde se formaba todos los días la peña de Federico García Lorca con un grupo de gente joven, como Herrera Petere, Acario Cotapos, compositor chileno que dejó un recuerdo inolvidable a todos los que lo conocieron, y muchos más. Al poco rato remontaba hacia la segunda escala, en un café que se llamaba Granja del Henar, en el que se reunían las viejas glorias literarias, gente de la generación de Manuel Bueno, de Valle-Inclán, etc... Subiendo un poco más me encontraba en la próxima esquina con don Pepe Bergamín que salía de la redacción de "Cruz y Raya", y finalmente iba a dar a Pombo, donde se encontraba la peña de Ramón Gómez de la Serna. (Chao, Ramón: *Conversaciones con Alejo Carpentier*, Madrid, Alianza, 1998 pp.217-218).

La intensidad de la vida nocturna de la ciudad, que era una de sus facetas más originales para los que venían de allende los Pirineos, es recordada todavía con embeleso por el venezolano Arturo Uslar Pietri, que llegó a la ciudad a comienzos de 1931 y que, visitando la redacción de un periódico, recibió sin demora una invitación para asistir a la tertulia de la Granja del Henar:

Creí entenderle mal cuando me indicó la hora de la cita. Le pregunté tímidamente: "¿Las doce?". Rápidamente explicó: "No, las dos". En el París, de donde yo venía, con todo lo surrealista que fuera, nadie hubiera citado a nadie a semejante hora. París duerme y para esa hora, con todos sus Montmartre y Montparnasse cerrados, dormía su plena noche burguesa. Yo había llegado, sin darme cuenta, a la ciudad sin noche.

Lo era entonces Madrid sin duda alguna. Deambulé largamente, matando el tiempo. Las calles estaban llenas de transeúntes, los cafés abiertos y el ajetreo de la vida no parecía detenerse. Fui a dar a la Puerta del Sol y me quedé deslumbrado. Era intemporal, viva y bullente, con vendedores de diarios y loterías, luces encendidas y grueso murmullo de muchedumbre. Se podía entrar a una librería o a un café y nadie parecía saber la hora.

(“Mi más remoto Madrid” en La Capital, Madrid, nº 5, mayo de 1992, 6-7).

Por su parte, Neruda, en sus hermosas memorias publicadas tras su muerte, en 1973, rememora así su vida en el Madrid de los dos últimos años de la República en paz, cuando ejerció aquí la función de cónsul de Chile:

Con Federico y Alberti, que vivía cerca de mi casa en un ático sobre una arboleda, la arboleda perdida, con el escultor Alberto, panadero de Toledo que por entonces ya era maestro de la escultura abstracta, con Altolaquirre y Bergamín; con el gran poeta Luis Cernuda, con Vicente Aleixandre, poeta de dimensión ilimitada, con el arquitecto Luis Lacasa, con todos ellos en un solo grupo, o en varios, nos veíamos diariamente en casas y cafés.

De la Castellana o de la cervecería de Correos viajábamos hasta mi casa, la Casa de las Flores, en el barrio de Argüelles. Desde el segundo piso de uno de los grandes autobuses (...) descendíamos en grupos bulliciosos a comer, beber y cantar; recuerdo entre los jóvenes compañeros de poesía y alegría a Arturo Serrano Plaja, poeta; a José Caballero, pintor de deslumbrante talento y gracia; a Antonio Aparicio, que llegó de Andalucía directamente a mi casa; y a tantos otros que ya no están o que ya no son, pero cuya fraternidad me falta vivamente como parte de mi cuerpo o sustancia de mi alma.

(Confieso que he vivido, Barcelona, Argos Vergara, 1979, pp.35-36).

Sería impropio concluir este repaso por la vida cultural republicana sin subrayar la presencia femenina, trasunto de la creciente visibilidad de las mujeres en las calles, en los centros de estudio y trabajo y ante las urnas, y del inicio de su presencia (como diputadas, directoras generales) en los poderes públicos. Algunas llegaron a las labores políticas desde un notable ejercicio profesional en diversos ámbitos, como Victoria Kent en el del Derecho, Margarita Nelken en la Historia del Arte o María Lejárraga en la Literatura (que ejerció a la sombra del nombre del que era oficialmente su marido, Gregorio Martínez Sierra). Otras dieron prioridad al mundo de la cultura sin rechazar por ello, en la mayoría de los casos, el compromiso político. Tras la guerra, algunas se quedaron en España o regresaron pronto, para continuar,

más soterradamente y en duras condiciones, su trabajo; así ocurrió, entre otras, con la bibliotecaria y filóloga María Moliner, con la periodista Josefina Carabias, o con la pintora Maruja Mallo. Otras, como la novelista Rosa Chacel, la filósofa María Zambrano la propia Kent, regresarían tras un largo exilio; y, en algún caso, como el de María Teresa León, con la memoria ya perdida. Para otras muchas, como la escritora Concha Méndez, la hora de la muerte sonó antes que la del regreso, haciendo realidad el dolorido vaticinio de su amigo Luis Cernuda: *Un día tú, ya libre –de la mentira de ellos,– me buscarás. Entonces ¿qué ha de decir un muerto?*

Los proyectos urbanísticos

Tras la expansión de los años veinte, la década de los treinta se inició con una disminución de la actividad constructora provocada por la crisis económica general y, seguramente, también por la desconfianza política de algunos inversores. Fueron, no obstante, los años de la República un tiempo fecundo para la arquitectura y el urbanismo. Dos razones se combinaron para ello: por una parte, hubo mayor apertura hacia las nuevas corrientes estilísticas que hasta entonces se habían abierto paso con dificultad en la arquitectura española (pero que, ya en 1930, habían inspirado la formación de un *Grupo de Artistas y Técnicos para el Progreso de la Arquitectura Contemporánea*, cuya constitución fue en dos años posterior al de su homólogo catalán, el G.A.T.C.P.A.C.); y, por otro lado, el nuevo régimen impulsó la creación de numerosos equipamientos sociales (a menudo, aunque no sólo, relacionados con la enseñanza), en los que se aunaron la voluntad de progreso y la aceptación de nuevos lenguajes artísticos.

Tres grandes empresas urbanísticas, en distinto estado de desarrollo, convivieron en Madrid durante estos años: la culminación de la Gran Vía; la continuación, a buen ritmo, de la recién iniciada construcción de la Ciudad Universitaria; y el comienzo de la prolongación planificada de la ciudad hacia el Norte, siguiendo el eje de la Castellana.

Iniciada en 1910, tras una gestación que había durado un cuarto de siglo (el primer proyecto municipal de Carlos Velasco y la zarzuela *La Gran Vía* de Chueca y Valverde datan de 1886), la Gran Vía –que nunca se llamó oficialmente tal hasta 1980– encaraba a comienzos de los años treinta la construcción de su tercer y último tramo: el comprendido entre las plazas del Callao y de España. Si en el primer tramo, entre la confluencia con la calle de Alcalá y la Red de san Luis (llamado oficialmente avenida del conde de Peñalver) había imperado una arquitectura historicista y ecléctica, y en el segundo, de la Red de san Luis hasta Callao (denominado avenida de Pi y Margall), habían ido ya apareciendo algunas muestras de arquitectu-

ra moderna, como el edificio de la Telefónica concluido en 1929, en el tramo cuya construcción se realizó básicamente en los años treinta (que recibió el nombre de avenida de Eduardo Dato) se manifestaron con más claridad las nuevas corrientes arquitectónicas. Su perfil quedó claramente marcado por el edificio Carrión (o del cine Capitol), construido por Luis Martínez Feduchi y Vicente Eced entre 1931 y 1933, que constituyó una muestra notable de expresionismo arquitectónico (con claras influencias de Erich Mendelsohn) y un hito en la forma de componer, ordenar y dotar de servicios el espacio interior. Más abajo y en la acera de enfrente, se encuentran, entre otros, el edificio Gredos (hoy en Gran Vía, 52), levantado entre 1930 y 1931 por Luis Díaz de Tolosana, en el que es perceptible la influencia holandesa, y el severo edificio Coliseum (Gran Vía, 78) alzado entre 1931 y 1933 por Pedro Muguruza y Casto Fernández-Shaw. Algunas construcciones de este trecho fueron ya posteriores a la guerra civil; y también algunas destrucciones, como la del cine Actualidades, edificado en 1933 por Saturnino Ulargui en la esquina de Gran Vía con Tudescos y demolido a finales de los cincuenta para levantar en su lugar la banal cristalería del Banco Atlántico.

Aunque la construcción de una Ciudad Universitaria en el Noroeste de Madrid se había iniciado, por iniciativa del propio Alfonso XIII, en 1929, la República asumió el proyecto dándole un decisivo impulso, que cabe personalizar en la gestión del doctor Juan Negrín, secretario de la Junta constructora. La obras avanzaron con rapidez y los edificios, exentos de grandilocuencias decorativas pero sólidos y adaptados a su fin docente, fueron entrando en funcionamiento, empezando por el Pabellón de Gobierno, diligentemente puesto en pie por Manuel Sánchez Arcas en 1931 y por la Facultad de Filosofía y Letras, construida bajo la dirección de Agustín Aguirre en los dos primeros años de la República. En el verano de 1936, en vísperas de celebrarse el primer centenario del establecimiento definitivo de la Universidad en Madrid por traslado desde Alcalá de Henares, estaban ya prácticamente en funcionamiento los edificios de Medicina, de Estomatología (obras de Miguel de los Santos) y de Farmacia (Agustín Aguirre), y estaban cimentadas las construcciones correspondientes a la sección de Ciencias. Se habían concluido asimismo la Escuela de Arquitectura (Pascual Bravo) y varias residencias de estudiantes y campos de deporte (Luis Lacasa), así como la Central Térmica y el Hospital Clínico (Manuel Sánchez-Arcas). En las proximidades de la Ciudad Universitaria habían sido construidos también en esos años la "Playa de Madrid" (Manuel Muñoz Monasterio, 1932-34) y el nuevo Hipódromo de la Zarzuela, con su característico voladizo ondulado de hormigón (Carlos Arniches, Martín Domínguez y Eduardo Torroja, 1936).

En cuanto a la planificación del crecimiento urbano madrileño, en enero de 1933 fue aprobado un plan de extensión de la capital basado en las propuestas realizadas por Secundino Zuazo, arquitecto del cine Palacio de la Música y de la manzana de

viviendas Casa de las Flores entre otras obras. El proyecto de creación de un gran eje que prolongaría la Castellana hacia el Norte promoviendo el crecimiento ordenado de Madrid hacia la Sierra empezó a hacerse realidad el 15 de abril de 1933 con el inicio de la construcción de los Nuevos Ministerios, concebidos inicialmente para albergar a los de Gobernación y Obras Públicas con el objetivo de descongestionar de funciones administrativas el centro de la ciudad, sacando a ésta —en expresión de Azaña— del *corredor* de la calle de Alcalá entre Cibeles y Sol. Algo antes, el 11 de noviembre de 1932, había comenzado la construcción de los tan criticados como providentes enlaces ferroviarios subterráneos promovidos por Indalecio Prieto, a la sazón ministro de Obras Públicas. Al producirse la guerra, la obra de los Nuevos Ministerios estaba bastante avanzada, y fue concluida, ya sin la presencia de Zuazo y con diversas variaciones en sintonía con la estética del nuevo régimen, en 1942. Símbolo de esos y otros cambios es que la prolongación de la Castellana, que iba a llamarse avenida de la Libertad, pasara a denominarse avenida del *Generalísimo*.

Construcciones escolares y otras dotaciones

Es evidente el énfasis que la República puso en el desarrollo de la enseñanza pública y aun hoy son visibles algunas huellas arquitectónicas de esa labor en muchas localidades de España. En Madrid, y teniendo como base la sólida obra realizada desde 1911 por Antonio Florez, fue el también arquitecto e institucionista Bernardo Giner de los Ríos quien dirigió el amplio programa de construcciones escolares del Ayuntamiento realizado con celeridad en los dos primeros años de la República. De él quedan —aunque a menudo bastante transformadas y no siempre para bien— muestras como el grupo escolar *Giner de los Ríos* (al que tras la guerra se denominó *Andrés Manjón*, nombre que hoy conserva) sito en las proximidades de la Dehesa de la Villa, o el denominado *Nicolás Salmerón*, próximo a la plaza de Cataluña, que tras ser reformado a finales de los años cincuenta para convertirlo en la “Escuela de Mandos José Antonio”, ha recobrado su nombre y ha dado para instalar en él un colegio público y un centro cultural.

Otro colegio público y una escuela universitaria de Biblioteconomía y Documentación ocupan hoy, en la calle de José Abascal, lo que fue la Escuela Normal construida en los años 1931 y 1932. Próximos a la estación ferroviaria del Príncipe Pío, se conservan, rodeados de otras construcciones, los vanguardistas pabellones semicirculares del parvulario Fernández Moratín. En el entorno de la Residencia de Estudiantes, Carlos Arniches Moltó y Martín Domínguez dirigieron la construcción de los pabellones de Segunda Enseñanza del Instituto-Escuela y del pabellón de Párvulos, así como del Auditorio y Biblioteca (convertidos en capilla por Miguel Fisac, en 1942-43). El mismo Arniches —hijo, por cierto, del célebre comediógra-

fo- creó también el edificio de la Residencia de Señoritas de la Institución Libre de Enseñanza (que hoy alberga a la Fundación Ortega y Gasset), en el cruce de las calles General Martínez Campos y Miguel Ángel.

Un papel semejante al de Bernardo Giner con las escuelas, desempeñó el arquitecto Francisco Javier Ferrero, en la Oficina Técnica municipal, al frente de la construcción de mercados. En 1933 concluyó la construcción, por él dirigida, del mercado central de frutas y verduras en Legazpi y, al año siguiente, del de pescados en la Puerta de Toledo. Se responsabilizó también de la construcción de mercados de barrio como el de la plaza de Olavide, levantado entre 1931 y 1934 y derribado en 1974. Ferrero construyó también los almacenes y talleres municipales en el paseo de la Chopera y el viaducto sobre la calle de Bailén, tendido, en sustitución de uno anterior que databa de la primera República, entre 1932 y 1935.

Cabe también hacer referencia a las casas de baños municipales, construidas bajo la dirección de Gabriel Pradal, como la que aún presta servicio en la calle de Bravo Murillo, o la del barrio popular de La Guindalera y que, después de haber sido salvada *in extremis* de la piqueta, fue rehabilitada en 1982-33 y hoy realiza funciones de centro cultural. La República significó también la pronta apertura al público de la Casa de Campo, hasta entonces propiedad de la corona, y el acondicionamiento, en las antiguas caballerizas del Palacio Real (que pasó a denominarse *nacional*) de los jardines de Sabatini, que fueron acondicionados por Fernando García Mercadal en 1933-34. Se concluyó asimismo la ampliación del Banco de España por la fachada de la calle de Alcalá, llevada a cabo por José Yarnoz entre 1929 y 1934, y se levantó en ese tiempo frente a él, en el solar del antiguo teatro Apolo, el Banco de Vizcaya, obra de Manuel Ignacio Galíndez y Fernando Azardún, con su fachada de granito y sus relieves del repertorio *art-déco*.

Arquitectura racionalista en viviendas y salas de cine

Además del crecimiento en el extrarradio, durante los años treinta prosiguió el relleno de zonas del ensanche planificado desde el siglo XIX, como los barrios de Ibiza, en el actual distrito de Retiro (durante la República, distrito de Congreso) o en la zona occidental del actual distrito de Chamberí (correspondiente entonces al de Universidad). En este último, en el límite con la calle de la Princesa, se construyó, entre 1930 y 1932, la ya mencionada Casa de las Flores, obra de Secundino Zuazo, una vivienda colectiva de ladrillo visto que ocupa toda una manzana, con gran patio interior originariamente abierto y que combina una originalidad de planteamiento con una cuidada inserción en su contexto urbano. Un poco al Noreste, en el cruce de las calles de Fernández de los Ríos y Blasco de Garay, se alza, con su chaflán re-

dondeado rematado por un ático, el edificio García Villa que, entre 1931 y 1933, realizó uno de los más fecundos arquitectos de esta y otras etapas: Luis Gutiérrez Soto. En el barrio de Ibiza, frente al Retiro (en Menéndez Pelayo 15), destaca, con su original fachada en forma de dientes de sierra, la casa levantada, entre 1934 y 1935, por Casto Fernández-Shaw. En ambas zonas mencionadas se encuentran también diversos bloques de viviendas, sólidos y desornamentados, construidos para familias sin muchos recursos e inspirados en los principios del racionalismo arquitectónico; tal es el caso, por ejemplo, de los que tienen fachada a Lope de Rueda del número 38 al 44, o a Fernando el Católico del 2 al 6.

También en contextos más clásicos, se realizaron en estos años construcciones en sintonía con las nuevas corrientes arquitectónicas. En el actual distrito de Salamanca (entonces Buenavista) Jesús Martí concluyó en 1935 el edificio Goya (en la confluencia de Goya y Alcalá), cuya traza expresionista recuerda al *Carrión* que da imagen al último tramo de la Gran Vía. Muy cerca de aquél (en Alcalá 118, con vuelta a Hermosilla y a Lombía) está un hermoso edificio de viviendas, exento sobre planta triangular, construido, entre 1931 y 1932 por Fernando Azardún. Este mismo arquitecto realizó, dos años después, una singular vivienda-taller unifamiliar, la Casa Araluce, que subsiste, a duras penas, en el número 110 de la calle de Goya. También merece mención, en el número 53 de José Abascal, un edificio levantado por Eduardo Figueroa entre 1933 y 1935, con su limpia fachada con grandes terrazas de peto curvo y sus seis garajes independientes en la planta baja.

En las dos décadas anteriores habían proliferado, en las zonas entonces periféricas de la ciudad, las colonias de viviendas unifamiliares y ajardinadas (*Madrid Moderno, Fuente del Berro, Cruz del Rayo, Albéniz...*), generalmente acogidas a la ley “de casas baratas” de 1911. Las novedades de las realizadas en los años treinta son su proximidad al eje de expansión hacia el Norte de la Castellana y la adopción en ellas de formas arquitectónicas racionalistas. Aunque con muchas alteraciones posteriores, subsisten jirones del la *Colonia Parque-Residencia* (entre Castellana, Joaquín Costa y Vitrubio) construida por Rafael Bergamín y Luis Blanco-Soler entre 1931-1932, y, en las proximidades nororientales de ésta la *Colonia El Viso*, que Bergamín realizó entre 1934 y 1936.

El racionalismo arquitectónico, que inspira tanto las casas de estas colonias como, en general, las obras hasta aquí citadas, pretende adaptar sin ambages las características de la vivienda a las necesidades de quienes la habitan. Tiende a crear plantas libres, elásticas y diáfanas, sólo condicionadas por los pilares de sustentación, y a dar a los edificios una apariencia sencilla, con formas cúbicas o cilíndricas, potenciando las curvas en los chaflanes y balcones, y realzando los vanos. Desaparecen los elementos decorativos de estirpe historicista o modernista, en aras de una visibilidad de los ma-

teriales constructivos –hormigón, ladrillo, vidrio– que sirve de base para estudiadas combinaciones cromáticas.

Si en otros edificios los gustos tradicionales fueron un freno para esta corriente moderna, en las salas de cine resultó más fácil la aceptación de nuevas formas, ya que para ellas (como para las estaciones de ferrocarril en el XIX, con el hierro y el vidrio bien visibles) no había una tradición que respetar. La necesidad de nuevas salas, por la llegada del cine sonoro y por el crecimiento del público, hizo el resto, y los cines se convirtieron en una referencia de la nueva arquitectura. De los varios construidos en los años de la República, subsiste, conservando en lo esencial su apariencia y estructura, el Cine Salamanca (hoy sede de unos grandes almacenes, en Conde de Peñalver, 8) que Francisco Alonso Martos realizó en 1935, en la línea de racionalismo expresionista trazada por Luis Gutiérrez Soto en los cines Europa (1928-29) y Barceló (1930-31).

Conclusión

Como en otros aspectos socioculturales, la guerra y el régimen de ella nacido supusieron un rudo golpe para el desarrollo de las nuevas corrientes arquitectónicas y de los proyectos urbanísticos que habían visto la luz en la España republicana. Algunos arquitectos de vanguardia, como Luis Gutiérrez Soto, continuaron en la posguerra su obra, si bien esmerándose en limar los aspectos más innovadores de ésta y adaptándose a las grandilocuencias tradicionalistas en boga. Muchos de los hasta aquí mencionados, como Bergamín, Yarnoz, Domínguez, Lacasa, Sánchez Arcas, Pradal, Giner, al igual que Josep Luis Sert o Amós Salvador, se exiliaron y continuaron, en cuanto pudieron, su obra fuera de España. Otros, como García Mercadal, Arniches o Eced, que permanecieron en el país, fueron inhabilitados para el ejercicio de su profesión. Es significativo el caso de Zuazo, que había procurado una síntesis entre casticismo y racionalismo, entre eclecticismo y vanguardia, y que reunía el aprecio tanto de los arquitectos más tradicionales de su propia generación como de los más innovadores y cosmopolitas de la generación que cabe asimilar a la literaria del 27. Tras regresar de un exilio en Francia, fue deportado a las islas Canarias y, de regreso a Madrid, inhabilitado; ni siquiera le autorizaron la publicación de sus memorias (que han visto la luz recientemente, años después de su muerte). Así pagó, a falta de militancia política más directa, su buena relación personal con Azaña y Prieto y su condición de hombre de referencia en la obra arquitectónica y urbanística de la República.

El rápido recorrido que hemos realizado por esa obra corrobora, en suma, la sensación que nos producen otros aspectos de la vida política, social y cultural republi-

cana: la de una experiencia histórica intensa que, aunque maltrecha y largo tiempo soterrada y tergiversada, sigue constituyendo, para quien se acerca a ella, la ocasión de recoger una herencia fecunda.

Algunas referencias cronológicas sobre el Madrid de la República:

- 1931 – Manifiesto de la *Agrupación al Servicio de la República*, encabezado por Ortega y Gasset, Marañón y Pérez de Ayala (10 de febrero)
- Elecciones municipales (12 de abril): victoria republicano-socialista.
 - Proclamación de la República en la Puerta del Sol (14 de abril).
 - Constitución del nuevo Ayuntamiento, presidido por el republicano de izquierdas Pedro Rico (15 de abril).
 - Creación en el Ayuntamiento de una Sección de Urbanismo (22 de abril).
 - La Casa de Campo es abierta al público (1 de mayo).
 - Inauguración del Aeropuerto civil de Barajas (2 de mayo).
 - Incendio de algunos conventos (11 de mayo) tras la *pastoral* antirrepublicana del cardenal Segura.
 - Establecimiento de los *jurados mixtos* (7 de mayo) y de la jornada de ocho horas (1 de julio).
 - Elecciones a Cortes constituyentes (29 de junio), convocadas por el Gobierno provisional de la República presidido por Niceto Alcalá-Zamora.
 - Manuel Azaña, presidente del Gobierno (14 de octubre).
 - Promulgación de la Constitución (9 de diciembre).
- 1932 – Apertura del Museo Sorolla (junio)
- Intento de ocupación del Ministerio de la Guerra en la sublevación fallida encabezada por Sanjurjo (10 de agosto).
 - Inauguración de la carretera de Miraflores a Rascafría (octubre).
 - Inicio de la construcción de los enlaces ferroviarios (11 de noviembre) y del Hospital Clínico.

- Concluye la construcción de la *Casa de las Flores* de Zuazo y de la colonia *Parque-Residencia* de Bergamín y Blanco-Soler.
- El Ayuntamiento de Madrid crea el *premio Lope de Vega* de teatro.
- 1933 – Aprobación del Plan General de Extensión de Madrid (2 de enero).
- Inicio de la construcción de los Nuevos Ministerios (15 de abril).
- Primera *Feria del Libro* (23-29 de abril), en el Paseo de Recoletos.
- Aparecen la revista *Cruz y Raya*, dirigida por José Bergamín (abril), y la revista *Octubre*, por Rafael Alberti y María Teresa León (junio).
- Termina la construcción de los edificios *Carrión* y *Coliseum* en el último tramo de la Gran Vía, de la *Residencia de Señoritas* y del *Auditorium* de la Residencia de Estudiantes.
- Inauguración de la Facultad de Filosofía y Letras en la Ciudad Universitaria.
- Elecciones legislativas (noviembre): mayoría de derechas en España; victoria del PSOE en Madrid. Gobierno de Lerroux (16 de diciembre).
- Pedro Salinas (Madrid 1892) publica *La voz a ti debida*.
- 1934 – Se constituye *Izquierda Republicana*, liderada por Azaña (2 de abril).
- Fracaso de un movimiento insurreccional tras la entrada de la C.E.D.A. en el Gobierno (4 de octubre). Pedro Rico cesa como alcalde de Madrid; los derechistas José Martínez de Velasco y Rafael Salazar Alonso se sucederán en ese cargo.
- Antonio Machado empieza a publicar *Juan de Mairena* en *Diario de Madrid* (19 de noviembre)
- Estreno de *Yerma* de Federico García Lorca (30 de diciembre).
- Se inicia la construcción de la colonia *El Viso*.
- Luis Cernuda publica *Donde habite el olvido*.
- 1935 – Inicio del escándalo del *straperlo* (septiembre).
- Mitin de Azaña en el campo de Comillas próximo a Madrid (20 de octubre).
- Primer número de *Caballo verde para la poesía*, revista dirigida por Pablo Neruda, cónsul de Chile en Madrid (octubre).

- Promulgación de la Ley Municipal que prevé una ley especial para la capital de la República (31 de octubre).
- Concluye la construcción de las Facultades de Medicina y Farmacia en la Ciudad Universitaria.
- Lorca estrena *Doña Rosita la soltera* y publica *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*
- 1936 – Estreno de *Nuestra Natacha* de Alejandro Casona (6 de febrero)
- Elecciones legislativas (16 de febrero): victoria del Frente Popular en Madrid y en España. Reposición del Ayuntamiento encabezado por Pedro Rico.
- Azaña es elegido Presidente de la República en el palacio de Cristal del Retiro (10 de mayo).
- Concluye la construcción del Hospital Clínico y del Hipódromo de la Zarzuela.
- Miguel Hernández publica *El rayo que no cesa*.
- Asesinatos de José Castillo (12 de julio) y José Calvo Sotelo (13 de julio).
- Sublevación contra la República (18 de julio). Asalto al cuartel de la Montaña e inicio de los enfrentamientos en la Sierra (20 de julio).
- Comienzan los bombardeos sobre Madrid (27 de agosto). Se adoptan medidas de protección del Museo del Prado y de otros bienes y monumentos.
- Constitución de la Junta de Defensa de Madrid; el Gobierno se traslada a Valencia (6 de noviembre).
- Inicio del ataque franquista a la capital, que resiste (7 de noviembre).

Algunas referencias bibliográficas:

Bohigas, Oriol: *Arquitectura española de la Segunda República*, Barcelona, Tusquets, 1970

Carabias, Josefina: *Crónicas de la República*, Madrid, Temas de Hoy, 1997 [artículos publicados entre 1931 y 1936]

Diéguez Patao, Sofía: *La generación del 25. Primera arquitectura moderna en Madrid*, Madrid, Cátedra, 1997

Esteban, José: *El Madrid de la República*, Madrid, Sílex, 2000

Juliá, Santos: *Madrid 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI, 1984

San Antonio Gómez, Carlos de: *El Madrid del 27. Arquitectura y vanguardia: 1918-1936*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1998

VV.AA.: *La Ciudad Universitaria de Madrid*, 2 vols., Madrid, Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid-Universidad Complutense de Madrid, 1988

VV.AA.: *Madrid. Arquitecturas perdidas, 1927-1986*, Madrid, Pronaos, 1995

Zuazo Ugalde, Secundino: *Madrid y sus anhelos urbanísticos. Memorias inéditas, 1919-1940*, introducción y edición de Carlos Sambricio, Comunidad de Madrid, 2003.

Breve nota biográfica

Doctor en Historia Contemporánea y Licenciado en Filología Moderna por la Universidad Complutense de Madrid.

Catedrático de Instituto, en el área de Geografía e Historia, con destino actual en el Instituto de Enseñanza Secundaria *Blas de Otero* de Madrid.

Ha impartido clases, como profesor asociado, en las Universidades Complutense, Carlos III y La Sorbona (París-IV), y participa en diversas actividades de formación del profesorado.

Su tesis doctoral versó sobre la política exterior de la Segunda República española. En relación con el tema de esta conferencia (El Madrid de la Segunda República) ha publicado los libros *Democracias y dictaduras en los años treinta* (Madrid, 1992); y *Aproximación histórica a la Comunidad de Madrid, de la Ilustración a nuestro tiempo* (Madrid, 1994).